

Poéticas de la emergencia: vulnerabilidad y derecho cultural en antologías digitales latinoamericanas durante la pandemia de COVID-19

Poetics of Emergency: Vulnerability and Cultural Rights in Latin American Digital Anthologies during the COVID-19 Pandemic

Andrea PUCHMÜLLER*

RESUMEN

Este artículo analiza escrituras literarias latinoamericanas surgidas durante la pandemia de COVID-19, con el objetivo de reflexionar sobre la literatura como inscripción simbólica de la vulnerabilidad y ejercicio del derecho cultural a narrar y disputar sentidos. Desde un enfoque hermenéutico, se examinan tres colecciones —*Bitácora de la intimidad* (Argentina), *Historias de cuarentena* (Argentina) y *Primera línea* (México)— considerando su dimensión testimonial, estética y política. El marco teórico articula los aportes de Judith Butler (2006, 2016) y Achille Mbembe (2020) sobre la vulnerabilidad distribuida de manera desigual; las reflexiones de Michèle Petit (2011) acerca del derecho a la cultura como ciudadanía simbólica; y la noción de texto vulnerable de Jean-Michel Ganteau y Susana Onega (2015, 2022). Se concluye que estas escrituras disputan sentido frente a los discursos hegemónicos de resiliencia y productividad, y configuran una memoria colectiva que reivindica el derecho a la palabra y la representación simbólica.

Palabras clave: ficción literaria; vulnerabilidad; derechos culturales; COVID-19; archivo cultural.

ABSTRACT

This article analyzes Latin American literary fictions that emerged during the COVID-19 pandemic, aiming to reflect on literature as a symbolic inscription of vulnerability and as an exercise of the cultural right to narrate and contest meanings. From a hermeneutic approach, it examines three collections —*Bitácora de la intimidad* (Argentina), *Historias de cuarentena* (Argentina), and *Primera línea* (Mexico)— considering their testimonial, aesthetic, and political dimensions. The theoretical framework articulates the contributions of Judith Butler (2006, 2016) and Achille Mbembe (2020) on vulnerability as unequally distributed exposure; the reflections of Michèle Petit (2011) on the right to culture as symbolic citizenship; and Jean-Michel Ganteau and Susana Onega's (2015, 2022) notion of the vulnerable text. It concludes that these writings challenge hegemonic discourses of resilience and productivity and shape a collective memory that vindicates the right to speech and symbolic representation.

Key words: literary fiction; vulnerability; cultural rights; COVID-19; cultural archive.

* Dra. en Letras. Universidad Nacional de San Luis, Facultad de Ciencias Humanas, Instituto de Investigación en Ciencias Humanas y Sociales. Contacto: puchmuller@gmail.com

Introducción

*Cuando el mundo se descoloca, la ficción más que nunca se erige como lugar cierto.
Allí irán a parar muchas de las palabras contenidas de los días de cuarentena.
Y a la poesía.*
Natalia Massei, *Deriva interior* (2020, p. 21)

La pandemia de COVID-19 irrumpió en el año 2020 no sólo como una crisis sanitaria global, sino también como una conmoción en los órdenes simbólicos, políticos y culturales que organizaban la vida cotidiana. El confinamiento obligatorio, el aislamiento social, el colapso de los sistemas de salud y, en particular, el aumento de la desigualdad expuso de manera brutal la fragilidad de las condiciones de vida. En ese contexto, múltiples escritoras y escritores, algunos con trayectoria previa, otros sin antecedentes editoriales, comenzaron a producir textos que buscaban poner en palabras la experiencia del encierro, del miedo, del duelo o de la incertidumbre de cara al futuro.

Este artículo se propone analizar un conjunto heterogéneo de ficciones escritas en América Latina durante la pandemia por coronavirus, con el objetivo de pensar la literatura como una forma de inscripción simbólica de la vulnerabilidad, pero también como un ejercicio del derecho cultural a narrar, representar y disputar sentidos. Desde un enfoque hermenéutico, este trabajo se sitúa en el campo literario, entendiendo que la ficción, aún en sus formas mínimas, híbridas o fragmentarias, puede funcionar como dispositivo de construcción de memoria, de resistencia y de imaginación crítica. Tal como señala Elena Yrigoyen, “la irrupción de lo real que supuso la pandemia no sólo descolocó a los discursos, sino que también puso en evidencia su insuficiencia para contener el dolor, el sinsentido o la intemperie” (Yrigoyen, 2022, p. 8). Frente a esa insuficiencia, muchas de las escrituras aquí analizadas no buscan totalizar ni explicar, sino más bien dejar constancia y elaborar el duelo.

El corpus de este trabajo está conformado por una serie de textos literarios publicados durante el primer año de la pandemia (2020) y comienzos de 2021, en distintos formatos digitales. Dada la enorme proliferación de ficciones literarias surgidas en ese contexto, se han seleccionado tres casos representativos que permiten observar un mapa plural de voces, estrategias narrativas y posiciones de enunciación. En estos textos, la literatura asume funciones múltiples: testimonio, refugio, archivo y resistencia. Las publicaciones analizadas son tres antologías: *Bitácora de la intimidad. Palabras del aislamiento* (2020), *Historias de cuarentena* (2020) y *Primera línea. Crónicas y poemas escritos por personal de salud* (2021). Todas estas obras circularon de manera abierta y gratuita a través de la web y las redes sociales.

Desde una perspectiva teórico-política, este artículo se inscribe en una línea de análisis que concibe a la literatura, la cultura y la conectividad como derechos humanos fundamentales. Las desigualdades en el acceso, la producción y la circulación de contenidos culturales no son fenómenos neutros ni aleatorios, sino que responden a estructuras de poder que determinan quiénes pueden enunciar, ser leídos y ocupar un lugar en la esfera pública. En este sentido, y siguiendo a Jacques Rancière, la literatura no puede pensarse únicamente como arte ni como bien simbólico: es también un espacio de disputa política, donde se redefine quién tiene derecho a figurar, a narrar, a ser visible y a ser escuchado. Tal como afirma el autor: “La política es el hecho de que alguien hable desde donde no se tenía lugar para hablar” (1996, p. 53). Esta irrupción de lo que antes era considerado solo ruido en el campo de lo inteligible constituye una forma radical de redistribución de lo sensible, donde la imaginación literaria contribuye a desestabilizar los régimes de exclusión y a posibilitar nuevas formas de comunidad.

Por último, entendemos que el corpus analizado también permite pensar críticamente los modos en que la pandemia exacerbó ciertas lógicas neoliberales de productividad, meritocracia y visibilidad digital. Como señala Cristina Castro Hernández (2020), el discurso dominante durante la pandemia tendió a construir un metarrelato de superación individual,

eficiencia emocional y resiliencia obligatoria, dejando fuera del marco narrativo a las experiencias de fragilidad, angustia o improductividad. Las ficciones aquí reunidas se oponen en muchos casos a esa narrativa hegemónica, y en su lugar proponen otras formas de nombrar lo vivido, más fragmentarias, comunitarias o abiertamente críticas.

Este artículo se organiza en cinco partes. Tras este primer apartado introductorio, se presenta un marco teórico que articula enfoques sobre vulnerabilidad, derechos culturales y representación literaria. Luego, se explicita la metodología: un enfoque hermenéutico con diseño cualitativo-comparativo, sustentado en close reading y en criterios de selección del corpus ya indicado. A continuación, se abordan las tres colecciones que conforman el corpus, con su contextualización general y el análisis de dos o tres textos de cada una. Finalmente, se formulan las conclusiones que cierran el recorrido analítico.

Marco teórico

Vulnerabilidad y derecho a la literatura en tiempos de crisis

Una noción clave que enmarca nuestro trabajo es la de “literatura de emergencia”, expresión que ha comenzado a circular en debates contemporáneos, pero que aún carece de una teorización sistemática. Proponemos esta categoría como herramienta crítica para pensar las escrituras surgidas durante la pandemia no sólo como testimonios o manifestaciones espontáneas, sino como intervenciones estéticas y políticas que emergen ante una situación límite, en condiciones materiales y simbólicas profundamente desiguales. Bajo esta perspectiva, la “literatura de emergencia” no remite únicamente a textos escritos en el calor de la urgencia, sino a prácticas narrativas marcadas por la precariedad y la exposición, que interullan al presente desde una fragilidad estructural. En diálogo con las ideas de Karina Bidaseca (2018), esta categoría permite pensar la escritura como forma de resistencia afectiva, de memoria situada y de derecho simbólico a figurar en el relato colectivo.

Este trabajo se sostiene en un marco teórico que articula tres núcleos clave: una concepción crítica de la vulnerabilidad como exposición desigualmente distribuida (Butler, 2006, 2016; Mbembe, 2020); la articulación entre escritura y derechos culturales, entendiendo el narrar como una forma de ciudadanía simbólica (Petit, 2011; Castro Hernández, 2020); y la noción de texto vulnerable, que incorpora la herida no solo como tema, sino como forma (Ganteau y Onega, 2015, 2022).

La pandemia de COVID-19 activó una serie de condiciones extremas que pusieron en evidencia las jerarquías que estructuran nuestras sociedades: quiénes pueden resguardarse, quiénes son cuidados, quiénes deben exponerse, quiénes mueren antes y quiénes son llorados públicamente. La literatura que emergió en este contexto no puede ser entendida por fuera de este marco biopolítico, donde el valor de la vida se distribuye de manera desigual, y donde los discursos sociales tienden a invisibilizar las experiencias que no encajan en las narrativas dominantes de resiliencia, éxito o productividad. Como advierte Achille Mbembe (2020), la pandemia reactivó el “archivo colonial” ya que impuso nuevas formas de segregación, movilidad restringida, vigilancia de los cuerpos y selección de vidas prescindibles.

Partimos de una concepción crítica de la vulnerabilidad que no la reduce a una condición puramente individual o esencial, sino que la entiende como el efecto de relaciones históricas, sociales y políticas. Judith Butler (2016) sostiene que toda vida es vulnerable por definición, en tanto está expuesta a la pérdida, la violencia o la enfermedad, pero esa exposición se distribuye de manera desigual según las condiciones materiales, el acceso a cuidados, la ciudadanía, la raza, el género o la clase. Así, la pandemia visibilizó lo que Butler llama “una desigual distribución de la precariedad” (p. 73): no todas las personas estuvieron igualmente expuestas al virus ni contaron con los mismos recursos para enfrentarlo. Por eso, la vulnerabilidad no puede pensarse sin una crítica a las estructuras que la generan o la amplifican.

Por otro lado, el vínculo entre literatura y derecho se vuelve fundamental en este contexto. El derecho a la cultura (que incluye no solo el acceso, sino también la producción y la circulación de bienes simbólicos) es un derecho humano reconocido en múltiples marcos internacionales, pero rara vez garantizado de manera efectiva. Como plantea Karina Bidaseca (2018), los derechos humanos no deben concebirse como abstracciones universales, sino que requieren atender a los cuerpos concretos que los encarnan y los reclaman desde experiencias situadas de violencia y exclusión en territorios subalternizados. En el caso de la literatura, esto implica preguntarse: ¿Quiénes tienen derecho a narrar? ¿Qué voces son legitimadas como literarias? ¿Qué escrituras logran circular y cuáles permanecen invisibilizadas?

Cristina Castro Hernández (2020), desde una mirada crítica de los discursos neoliberales de la pandemia, señala que se impuso una retórica de la resiliencia como mandato de autorregulación y positividad constante. Durante la pandemia “la resiliencia se convierte en un imperativo moral, que exige a los sujetos reponerse sin que se alteren las condiciones que generaron su malestar” (p. 12). Este discurso tiende a responsabilizar a los individuos por su bienestar emocional, despolitizando la angustia y borrando las condiciones estructurales que la generan. En contraste, las ficciones aquí analizadas se animan a nombrar la fragilidad, el cansancio, el sinsentido, sin convertirlos en mercancía ni en espectáculo. Estas escrituras abren un espacio para la incomodidad y para lo que no se resuelve.

Asimismo, desde el campo de los estudios culturales latinoamericanos, el derecho a la literatura ha sido pensado no solo como el acceso al texto en su dimensión estética, sino como parte de un conjunto más amplio de derechos culturales, que incluyen el derecho a la palabra, a la representación simbólica y a la participación activa en los circuitos de producción, circulación y legitimación del sentido. En *El arte de la lectura en tiempos de crisis*, Michèle Petit (2011) insiste en que leer, y más aún escribir, no es una práctica neutral ni universalmente disponible, sino una actividad profundamente mediada por el capital simbólico, las condiciones materiales, las trayectorias de vida y las instituciones que habilitan (o niegan) la relación con la cultura escrita. En este sentido, la literatura no puede ser pensada como un espacio puramente meritocrático o autorreferencial, sino como un campo tensionado por relaciones de poder, donde se define quién tiene derecho a enunciar, quién puede ocupar el lugar de autor o autora, y quiénes son reconocidos como interlocutores legítimos en la esfera cultural. Como señala Petit (2011), el acceso a la lectura y la escritura implica una reapropiación del mundo y de sí mismo, pero esa reapropiación sólo es posible si existen mediaciones que habiliten la construcción de un vínculo subjetivo con el lenguaje. En este sentido, el derecho a la literatura no se reduce al consumo de libros, sino que incluye el derecho a producir sentido, a narrar la propia experiencia y a figurar en el relato colectivo. Esta perspectiva invita a pensar las desigualdades culturales no solo como un problema de recursos técnicos o económicos, sino como un problema de visibilidad, de legitimidad y de ciudadanía simbólica. Y en contextos de emergencia, como la pandemia, esas desigualdades se hacen aún más visibles y urgentes, ya que muchas voces quedan excluidas del archivo cultural digital, mientras otras ganan centralidad por su mayor capital tecnológico, editorial o discursivo.

Por lo tanto, la literatura de la pandemia aparece como un espacio privilegiado para lo que Jean-Michel Ganteau y Susana Onega (2015, 2022) denominan “textos vulnerables”. Esta categoría parte de una concepción de la literatura como espacio en el que se inscriben los daños, las heridas y los límites de la experiencia, no solo como temas narrativos, sino como estructuras estéticas que afectan la forma misma del discurso literario. Un texto vulnerable, en este sentido, no es aquel que simplemente representa el dolor, sino aquel que se abre formalmente a la herida, que deja entrar la interrupción, el silencio, la ambigüedad o la indecibilidad como parte constitutiva de su poética. Estos textos cuestionan la idea de totalidad, de cierre, de coherencia narrativa, y adoptan en su lugar formas fragmentarias, abiertas e inestables. La voz narrativa puede aparecer desdoblada, debilitada, puesta en

crisis. El tiempo puede volverse no lineal y el lenguaje puede deshacerse, repetirse, rozar lo ilegible. Asimismo, en la concepción de Ganteau y Onega (2022), el protagonista vulnerable desplaza la figura clásica del sujeto autosuficiente. Ya no se trata de quien domina la acción ni restituye un orden, sino de quien reconoce su exposición al daño como condición compartida. Su identidad aparece fracturada por la experiencia traumática y su agencia se redefine: no consiste en superar la herida, sino en sostenerla colectivamente. Este protagonismo vulnerable legitima la fragilidad como dimensión inherente a lo humano y abre un espacio ético donde la interdependencia cobra centralidad.

Sobre la base de estas consideraciones teóricas, el siguiente apartado explicita el diseño metodológico adoptado para seleccionar y analizar el corpus, atendiendo a los procedimientos de lectura y a los criterios comparativos entre colecciones.

Metodología

Este trabajo se sostiene en un enfoque hermenéutico con diseño cualitativo-comparativo, orientado por categorías analíticas definidas y ajustadas inductivamente durante la lectura. El corpus se compone de tres antologías digitales de acceso abierto producidas en 2020–2021 en Argentina y México (*Bitácora de la intimidad*, *Historias de cuarentena* y *Primera línea*). La selección respondió a criterios de pertinencia temporal, diversidad de posiciones de enunciación (autores consagrados/no consagrados, personal de salud, estudiantado), heterogeneidad genérica (bitácora, microrrelato, crónica y poesía) y condiciones de circulación abiertas, relevantes para el eje de derechos culturales. Se asume un recorte intencional y teórico-informado, sin pretensión de exhaustividad geográfica ni genérica, que excluye producciones impresas de circulación restringida.

El procedimiento consistió en *close reading* de piezas seleccionadas atendiendo a voz y focalización, cronotopos del encierro, procedimientos formales (fragmentariedad, silencios, quiebres enunciativos), regímenes de visibilidad y marcas de vulnerabilidad como tema y como forma. Las observaciones se triangularon con el marco teórico (vulnerabilidad distribuida en Butler y Mbembe; derecho a la cultura/ciudadanía simbólica en Petit; poética de la fragilidad en Ganteau y Onega) mediante una codificación temático-formal. La comparación se organizó según posición de enunciación, formas y géneros y condiciones de producción/circulación vinculadas al derecho a la palabra y a la representación simbólica.

El archivo mínimo y la memoria fragmentaria en Historias de cuarentena

La antología *Historias de cuarentena* (2020), publicada por la Editorial UCALP, reúne treinta microrrelatos escritos por estudiantes secundarios y universitarios de distintas regiones de Argentina, seleccionados a partir de un concurso literario convocado en el marco del aislamiento obligatorio. Se trata de una publicación digital de acceso libre que propicia la circulación de escrituras no consagradas y que, en apenas 250 palabras por texto, construye una memoria afectiva del encierro, anclada en lo cotidiano, lo vulnerable y lo aparentemente insignificante. En palabras del prólogo:

Estaba claro que esa situación, completamente extraña, provocaría múltiples y diversas reacciones en las personas. El aislamiento, la reclusión indefinida en las casas, daría lugar a infinidad de historias, de acontecimientos, de hechos que, sin dudas, valían la pena ser contados y compartidos (*Historias de cuarentena*, 2020, p. 4).

Los relatos breves “Intendible para ellos” de Gerónimo Lampón (p. 9), “El monstruo” de Agustina M. Olivarez (p. 13) y “De la cama al living” de Gerónimo Rivera Cano (p. 20), ofrecen representaciones elocuentes de la experiencia pandémica desde distintos

posicionamientos subjetivos. Leídos desde una perspectiva crítica que articula los conceptos de vulnerabilidad, derechos culturales y ética de la representación, estos microrrelatos permiten reflexionar sobre cómo la literatura condensada testimonia el quiebre de las formas de vida y el modo en que se resignifican los vínculos, los cuerpos y los relatos de lo cotidiano durante la pandemia.

“Intendible para ellos” construye una voz narrativa insólita: un perro que observa el deterioro progresivo de sus dueños durante la pandemia. Este punto de vista periférico e inesperado interpela al lector desde la otredad radical. La elección de esta focalización permite trabajar con profundidad el tema de la *vulnerabilidad interseccional*: no solo la humana (pobreza, vejez, enfermedad), sino también la de los animales, que dependen por completo del cuidado humano. Desde esta perspectiva, el relato construye un retrato emocional de la descomposición del lazo social, expresada en imágenes sutiles pero potentes: “Hoy, ya no trajo nada, me acarició detrás de la oreja, olfateé su mano como buscando mi premio [...] y nada. La gélida mirada de resignación y un suspiro profundo, de esos que destilan una honda tristeza” (p. 9). Aquí la *vulnerabilidad afectiva* se entrelaza con una estética contenida, que evita la dramatización excesiva sin perder densidad emotiva.

El relato denuncia directamente la precarización de la vida en sectores marginados: “Él ya no salía a su trabajo y tampoco llevaba a su perrito para tirar de la carreta y volver con esos cartones oscuros y húmedos que sustentaban nuestro alimento” (p. 9). Este recorte de lo real revela la exclusión estructural de ciertos sujetos de los circuitos sociales y económicos. Desde la mirada del animal, esta precariedad se vuelve aún más notoria porque se despoja de cualquier racionalización ideológica y se ofrece como pura evidencia perceptiva. El relato evita la explotación sentimental de la miseria: enmarca el sufrimiento en una voz narrativa que, por su condición de animal, no accede al lenguaje abstracto, pero sí a una sensibilidad corporal que humaniza sin caer en el antropomorfismo banal. La escena final: “Con lágrimas, me llevan a una casa distante. Abrazan a dos viejitos, me sueltan y se despiden” (p. 9), muestra con simpleza el abandono, abriendo una pregunta por la responsabilidad hacia la alteridad y lo vulnerable.

Otro relato, “El monstruo”, tematiza el miedo como forma de subjetivación pandémica, donde la amenaza no tiene rostro ni cuerpo, pero produce efectos físicos y emocionales concretos. La narración gira en torno a una niña que, encerrada en su casa durante la cuarentena, comienza a percibir una presencia extraña y aterradora que la acecha, sin que los adultos puedan verla o intervenir. La autora opta por construir un clima de extrañamiento que evidencia una vulnerabilidad difusa: “El terror que llevaba consigo no era por algo que uno puede ver o tocar, era una sensación, era algo que definitivamente no conocía, ni quería hacerlo” (p. 13). Esta experiencia de miedo indeterminado remite directamente al tipo de vulnerabilidad que Butler denomina “ontológica” (2006): aquella que no se elige ni se produce por decisión, sino que forma parte de la exposición inevitable al otro, al entorno, al daño. La sensación de “no poder quitarse de encima su presencia” (p. 13), sin que haya nadie visible, inscribe esa opacidad del peligro que caracteriza al COVID-19 y que, en el relato, se transforma en una amenaza fantasmática.

El cuento activa además la dimensión de los derechos culturales en negativo, es decir, como aquello que se pierde o se ve interrumpido durante la pandemia: la posibilidad de habitar el espacio público, de interactuar con otros cuerpos, de acceder a rituales compartidos y a formas de contención simbólica ancladas en la oralidad familiar. La protagonista se ve privada no solo del afuera físico, sino también de las herramientas culturales que habitualmente permiten procesar el miedo. En ese sentido, la alusión al dicho de su abuela “no hay peor monstruo que el que no se puede ver” (p. 13), pone en juego el papel de la memoria oral como forma de pedagogía emocional y transmisión cultural intergeneracional. Este refrán, que intenta brindar sentido y consuelo frente a lo desconocido, evidencia al mismo tiempo sus límites ante un acontecimiento radicalmente nuevo, para el cual las narrativas heredadas resultan insuficientes. Así, el relato inscribe una pérdida doble: la pérdida de la experiencia colectiva del mundo compartido y la fragilidad de los dispositivos

culturales tradicionales frente al trauma inédito. Lo que se sugiere es que los derechos culturales no solo implican el acceso a las prácticas culturales vivas, sino también la posibilidad de producir sentido, de narrar lo vivido y de sostener vínculos a través de palabras compartidas. Cuando estas condiciones se ven socavadas, como ocurre en el encierro pandémico, la subjetividad queda expuesta a una intemperie simbólica que intensifica la experiencia de vulnerabilidad.

Finalmente, el microrrelato “De la cama al living” trabaja con el contrapunto entre el encierro doméstico y el deseo de fuga, tematizando un tipo de vulnerabilidad existencial marcada por la ansiedad, la desorientación temporal y la pérdida de sentido. A través de un intercambio de mensajes en tono humorístico entre el narrador y una figura que podría interpretarse como su “yo” interior, el texto visibiliza la monotonía del encierro y el colapso de las referencias temporales: “Parece un domingo eterno, pasaron meses [...] Todo tan 2.0 que un día hasta el sol se cansó de brillar” (p. 20). En un tono más irónico y autorreferencial que los relatos anteriores, Rivera Cano construye un diálogo que simula ligereza pero que en realidad revela un fondo de angustia.

El título del microrrelato establece una intertextualidad con la canción “Yendo de la cama al living” de Charly García (1982), que tematiza también el encierro, la alienación y la vigilancia durante la última dictadura militar. Esta referencia resignifica el sentido del microrrelato: la repetición del trayecto doméstico se carga de resonancias históricas y culturales, marcando una continuidad entre formas pasadas y presentes de control, angustia y aislamiento. Desde la perspectiva de Bajtín (1989), podríamos decir que el cuento elabora un cronotopo del encierro: una unidad espacio-temporal cerrada, repetitiva, sin transformación ni desplazamiento, que condiciona las formas posibles de experiencia y de relato. La fragmentación del espacio vital, reducido al trayecto “de la cama al living”, se vuelve una metáfora de la fragmentación subjetiva. “Hoy volví a hacer el recorrido habitual. Me levanté, miré por la ventana, fui al baño, me tiré al sillón, caminé de nuevo hasta la cama y acá estoy otra vez” (p. 20), dice el narrador, capturando con precisión el bucle espacial y temporal que define su existencia pandémica. Así, el relato inscribe una forma de vulnerabilidad ligada no tanto al miedo directo o al trauma físico, sino al desgaste emocional que produce la repetición vacía y la pérdida de contacto con la alteridad.

Estos tres microrrelatos, tan distintos en tono, estilo y punto de vista, comparten la capacidad de condensar experiencias singulares del encierro en formas narrativas breves, pero intensamente significativas. Desde la mirada de un perro, la vivencia infantil del miedo o la repetición absurda de lo cotidiano, cada texto despliega una sensibilidad particular frente al quiebre de la vida habitual. En todos los casos, la literatura aparece como un modo de elaboración íntima de lo vivido, una vía para traducir el desconcierto y la pérdida en imágenes que interpelan. *Historias de cuarentena* se configura, así como un archivo emocional y fragmentario, donde cada relato, por mínimo que sea, contribuye a construir una memoria común del aislamiento desde lo vulnerable, lo afectivo y lo cotidiano.

Bitácora de la intimidad: narrar el encierro y el duelo

Bitácora de la intimidad. Palabras del aislamiento (2020) se destaca como una compilación que recoge las voces de 38 autoras y autores de la ciudad de Rosario. Publicada el 25 de abril de 2020 e impulsada por la Revista REA, la obra fue coordinada por Lila Siegrist, Virginia Giacosa y Pablo Makovsky. Como su título lo indica, este volumen se organiza en torno al género de la *bitácora*, es decir, un tipo de escritura íntima y cronológica que permite registrar el paso del tiempo, la vivencia cotidiana y el impacto subjetivo de lo vivido. Lejos de la pretensión literaria, la bitácora se presenta como una escritura vulnerable en sí misma, donde lo fragmentario, lo mínimo o lo inacabado no son defectos, sino recursos formales que responden a la urgencia de inscribir lo experiencial. En esta sección, abordamos dos textos de dicha compilación que condensan de manera significativa la articulación entre

vulnerabilidad, ética de la representación y poética del texto vulnerable: "Trepén a los techos" de Roberto Caferra y "Encierro" de Daiana Travesani.

"Trepén a los techos" entrecruza experiencias personales, reflexiones sociales y el ritmo acelerado del trabajo periodístico en medio del miedo y la incertidumbre. El texto comienza con una imagen potente: "Mi cabeza es una pala haciendo un hoyo" (p. 12). Desde esta primera línea, el yo narrador (un periodista) se muestra exhausto, saturado por el ritmo de una información que no cesa. A pesar de estar habilitado a circular por su trabajo ("asumido en el privilegio del punto 9 de las excepciones que el Gobierno dispuso para la cuarentena", p. 12), se siente confuso y abrumado. "No hay mucho tiempo para hacer pozos profundos" (p. 12), subrayando que apenas se empieza a narrar una historia, otra reclama atención. Esta dinámica, propia del periodismo pandémico, impide elaborar el duelo y da lugar a una *narración afectada*, atravesada por la urgencia y la culpa. El narrador incluso se compara con un "sepulturero en Nueva York, con una bolsa grande de cuerpos que nadie reclama" (p. 12), aludiendo a las imágenes globales de fosas comunes que circularon durante esos días. Esa identificación no es gratuita: expresa una forma de *implicación emocional* y ética con la muerte anónima, silenciada, que constituye un rasgo central del texto vulnerable.

En medio del encierro, emerge una imagen que organiza el relato: la escalera olvidada en un rincón de la casa. Comprada un año antes y casi sin uso, la escalera se convierte en instrumento de redescubrimiento del espacio doméstico. El narrador empieza a subirla para realizar tareas mínimas: barnizar una madera, colgar un cuadro, cambiar una lamparita. Pero pronto, el gesto se transforma en otra cosa. Subir al techo se vuelve una forma de interrupción y de contemplación. Desde allí, el barrio puede observarse con mayor claridad: más silencioso, con menos movimiento y con los colores típicos del otoño. El techo aparece como refugio frente al encierro, pero también como un *mirador desde donde recuperar una percepción sensible del mundo*.

La cita de Spinetta que aparece hacia el final del fragmento ("Trepén a los techos ya llega la aurora", p. 12) refuerza esta dimensión poética. Pero el texto no se entrega a la evasión. Vuelve rápidamente a su condición de crónica al desplegar una genealogía de la violencia urbana en Rosario. Caferra enumera asesinatos ligados al narcotráfico y la criminalidad local: "En marzo de 2010 asesinaron a Pimpi Camino [...], en diciembre de 2013 a Luis Medina, la lista sigue" (p. 13). La enumeración es deliberadamente seca y acumulativa. Al contrastar estas muertes (frecuentes, naturalizadas y no mediadas por estados de excepción) con la reacción global ante el COVID-19, el texto interpela las lógicas que deciden qué vidas son dignas de duelo y qué muertes merecen estadísticas. "A nadie se le ocurrió una cuarentena mientras eso sucedía" (p. 13), le dice un vecino al narrador. Esa frase condensa una crítica política poderosa: la desigual administración del dolor, el valor diferencial de las vidas según su visibilidad, y la complicidad de los discursos oficiales en esas jerarquizaciones.

Desde la perspectiva de los derechos culturales, el texto de Caferra denuncia las condiciones de *invisibilización de ciertas existencias*. Al describir cómo se entierra en soledad a los muertos durante la pandemia ("Los familiares no los velan. En puntitas de pie, los sepultureros los dejan en la morgue", p. 13), el texto actúa como un lugar alternativo de inscripción simbólica. Es lo que Ganteau y Onega (2015) señalan como una ética de la representación: un modo de narrar que *asume la responsabilidad de hablar por los que no tienen voz*, sin borrar su singularidad ni instrumentalizar su sufrimiento. En esa línea, Caferra no estetiza el dolor, sino que se *expone a él y lo encarna*, desde un yo narrador afectado, frágil, que se equivoca, que bromea y no obtiene respuesta, que observa, pero no tiene el control.

Hacia el final, el texto cambia de tono. El narrador baja del techo, se sienta en el patio, observa la calma del otoño. Recupera pequeñas acciones desaceleradas: tocar la guitarra, mirar el cielo, dormir la siesta "sin tanta culpa" (p. 14). Lo que antes parecía ocio improductivo ahora se reivindica como posibilidad vital. "Cosas que en la pre pandemia recibían la mirada recelosa de quienes creíamos que el tiempo es veloz y había que ganarle

corriendo más rápido” (p. 14). Esta revalorización del tiempo lento, en la línea de lo que la *Bitácora* propone como poética del encierro, se articula también con una política del cuidado, que es íntima pero también estructural.

El relato “Encierro” de Daiana Travesani, construye un texto en primera persona que, desde una perspectiva íntima y sensible, se configura como testimonio y como apertura hacia lo común. “Encierro” se inscribe en la poética del texto vulnerable ya que se estructura en torno a una herida, a una fisura en la experiencia, y permite activar una ética de la representación frente al sufrimiento humano. Desde las primeras líneas, Travesani pone en tensión la dimensión temporal del aislamiento, un punto clave en la vivencia de la pandemia. “Es 11 de abril y el reloj marca las 3.12 de la madrugada. Cuarentena nuevamente tres años después y en la misma fecha” (p. 54). Este anclaje autobiográfico vincula dos experiencias de encierro: una operación previa de cráneoplastia en 2017 se convierte en antecedente simbólico que dota al nuevo aislamiento de una carga emocional particular. En ambas situaciones, la autora describe estados de ansiedad, insomnio y angustia. En este sentido, la evocación de su recuperación posquirúrgica no solo subraya la reiteración del encierro, sino que pone de relieve una vulnerabilidad que se prolonga en el tiempo: no se trata de un evento episódico, sino de un modo de habitar el cuerpo y el mundo desde la fragilidad.

El eje de la vulnerabilidad atraviesa todo el texto no como diagnóstico, sino como experiencia vivida y narrada. La autora no se limita a expresar sufrimiento; más bien, su escritura convierte ese sufrimiento en forma, en lenguaje y en reflexión. “Pasé muchas horas en silencio, en una soledad muy cruda. En ese entonces no soportaba los ruidos más o menos fuertes” (p. 54), recuerda sobre su primera cuarentena. Esta evocación no está exenta de dolor, pero a la vez habilita una forma de introspección que le permite a la narradora “romperse” y “empezar una nueva construcción”. En este punto, el relato se afilia también al tipo de narrativa de la resiliencia, donde el daño no se clausura ni se niega, pero permite vislumbrar procesos de autoconocimiento.

Lo que diferencia esta segunda experiencia de encierro (la impuesta por la pandemia) es la conciencia de un malestar colectivo. En lugar de aislar a la narradora en una experiencia singular, el nuevo encierro la empuja a conectarse con otros en situación similar. “Hablé con varias personas y empecé a sentirme menos sola en esas crisis emocionales porque la mayoría estaba sintiendo algo así” (p. 55), confiesa. Esta dimensión relacional del malestar es clave para pensar el relato en el marco de los derechos culturales: la escritura se transforma en un espacio de reconocimiento y en un gesto de inscripción comunitaria. Compartir la vivencia, incluso desde el dolor, permite a la autora reponer vínculos rotos por el aislamiento físico. El derecho a narrar la propia historia, a ser oída, a expresar en un lenguaje propio lo vivido, se ejerce aquí como forma mínima pero vital de ciudadanía cultural.

El relato también pone en cuestión las mediaciones tecnológicas que reemplazaron los vínculos presenciales durante la pandemia. El yo evidencia la frustración de un contacto que no alcanza a suplir la necesidad de presencia, tacto y afectividad:

Explico en cada conversación que esta pantalla negra y táctil se siente como un pequeño agujero negro succionándome al mundo de la irrealidad, donde no se conoce el calor de los cuerpos unidos, el ardor de los besos, la suavidad de las caricias, las vibraciones de dos miradas unidas en una misma sintonía y sobre todo la alegría de poder compartirnos en abrazos, de esos que duran 30 segundos reloj y se traspasan las almas mimándose, dándose amor (Travesani, 2020, p. 55).

La virtualidad, si bien permitió sostener ciertos lazos, aparece como experiencia ambigua: necesaria pero insuficiente, familiar pero hostil. En este pasaje, el texto visibiliza el modo en que las condiciones tecnológicas también son parte de la experiencia de la vulnerabilidad y cómo inciden en la constitución de subjetividades afectadas.

Además, la lista de lo que la narradora extraña, desde “saludar al chofer del 127” hasta “el contacto humano”, funciona como catálogo emocional de los pequeños ritos cotidianos que dotaban de sentido a la vida antes del aislamiento. Estos fragmentos permiten dimensionar cuánto del tejido afectivo y social fue dañado por la pandemia, y cómo la escritura puede operar como forma de reparación simbólica. Nombrar lo perdido no lo devuelve, pero sí habilita un duelo compartido, un reconocimiento de lo común.

Tanto “Trepén a los techos” como “Encierro” despliegan formas heterogéneas de vulnerabilidad: la que proviene del contacto cotidiano con la muerte y la que emerge de la soledad doméstica; la que se manifiesta en el gesto periodístico de narrar la tragedia y la que se filtra en la voz temblorosa de quien no puede dormir. Pero en ambos casos, la escritura se vuelve forma de resistencia: al olvido, al silenciamiento, a la desintegración. En términos de Ganteau y Onega (2015, 2022), no se trata solo de textos que representan la vulnerabilidad, sino que son vulnerables en su propia arquitectura. No ofrecen cierre, no prometen redención, sino que mantienen abierta la herida.

Poesía de la pandemia: voces del personal de salud

Primera línea. Crónicas y poemas escritos por personal de salud (2021) es un volumen publicado por la Universidad Nacional Autónoma de México. Reúne textos surgidos de talleres de escritura organizados por la Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura, dirigidos al personal sanitario vinculado a la universidad. El libro compila voces de médicos, enfermeros, técnicos, estudiantes y especialistas que narran y poetizan sus experiencias en la “primera línea” del sistema de salud, atravesadas por el agotamiento, el miedo, el duelo y la necesidad de nombrar lo vivido. La publicación propone así una memoria colectiva de la pandemia, tejida desde la escritura y la vulnerabilidad.

En el prólogo al taller de poesía, titulado *La aguja y la palabra*, Orlando Mondragón plantea un paralelismo entre el ejercicio poético y el acto médico. Recupera una genealogía simbólica que enlaza curación y palabra desde la *Ilíada* hasta los templos de Asclepio, pasando por la *katharsis* aristotélica, para enfatizar cómo la escritura opera como forma de elaboración del sufrimiento. “La palabra es la punta de la aguja que rompe la piel con su dolor para dar paso a la sustancia sanadora” (p. 113), sintetizando así la potencia terapéutica de la poesía. Desde esta perspectiva, los textos reunidos pueden leerse como *textos vulnerables* en los que el sujeto que cuida (médico, enfermero, pasante) se expone también como cuerpo atravesado por la angustia, la pérdida y la esperanza.

De toda la colección, abordaremos solo dos poemas: “[Tres de la tarde. Hace calor.]” y “Decúbito”, que ilustran de manera especialmente reveladora cómo la escritura poética permite procesar el dolor vivido y visibilizar las condiciones físicas y emocionales de quienes sostuvieron los sistemas de salud durante la crisis.

El poema “[Tres de la tarde. Hace calor.]”, de María Citlalli Ramos Moreno, presenta una escena breve pero intensa de la vida cotidiana de una trabajadora de la salud durante la pandemia. Ya desde el título se condensa una estética de lo mínimo y lo factual: el uso de corchetes y punto final remite a un registro documental, como si se tratara de una nota clínica o una entrada de diario. Ese formato no solo transmite una atmósfera de rutina extenuante, sino que enfatiza el carácter fragmentario del tiempo pandémico, marcado por el calor, el dolor y la espera:

Tres de la tarde. Hace calor.
Desde hace cinco horas
mi cuerpo carga
una armadura de plástico (p.115).

Tras cinco horas de servicio, el cuerpo se convierte en territorio del agotamiento: el equipo de protección (“los goggles/ los guantes/ la careta/ presionan mi cuerpo”, p. 115) lo comprime, le impide respirar y lo cubre de sudor. La experiencia física del dolor se entrelaza con la memoria familiar: la voz poética recuerda a su abuelo campesino, que le hablaba de las grietas en la tierra por la sequía, y asocia esa imagen con su boca reseca, sus labios agrietados y sus manos dañadas (“mi lengua/ que se pega al paladar como ventosa,/ mis manos/ que ya no soportan/ otro contacto con el jabón”, p. 115). La identificación con la figura del trabajador rural refuerza la dimensión corporal del sufrimiento, compartida entre generaciones. Sin embargo, pese a la dureza del trabajo y del entorno, la voz cierra con una afirmación conmovedora: “Y dentro de tanto dolor/ prefiero estar aquí que del otro lado” (p. 115), es decir, prefiere ocupar el rol de quien cuida, aun con dolor y viviendo una situación extrema.

Como texto vulnerable, este poema se abre a la experiencia de la herida, que se articula desde un lugar de exposición y fragilidad. El cuerpo del yo lírico no solo es narrado como un cuerpo doliente (“Duele/ El sudor se me escurre por la espalda./ No puedo respirar. Arden/ las palmas, la frente, la nariz”, p. 115), sino como un cuerpo que *acoge el dolor para cuidar*, que se vuelve vulnerable para sostener a otros. Esa vulnerabilidad no es debilidad, sino una forma de agencia relacional; en términos butlerianos, la exposición a la herida es también el terreno donde se tejen los vínculos humanos.

El poema “*Decúbito*” de Miguel Otero Zuñiga configura una imagen onírica y a la vez clínica de un cuerpo hospitalizado. El título alude directamente a la postura del cuerpo acostado boca arriba, usual en contextos médicos, especialmente en unidades de terapia intensiva.

Figura 1: Forma visual del poema “Decúbito”

El mar de los durmientes

dibuja en sus profundidades

formas que se pierden en la nada.

Todo es silencio y el respirador lo quiebra.

Marineros navegan a oscuras en el abismo.

Los músculos tirantes los obligan a pisar en falso

y partículas higroscópicas iluminan sus rostros.

Mil manos llevan el cuerpo en la tormenta.

No dejarán que su respiración se apague.

Fuente: Otero Zuñiga, M. (2021)

Desde el primer verso -“El mar de los durmientes”- se introduce un espacio de suspensión, entre el sueño y la muerte, en el que el cuerpo se vuelve pasivo, flotante, inmerso en un “mar” simbólico. La voz lírica construye ese entorno con una densidad sensorial mínima: “Todo es silencio y el respirador lo quiebra”. El único sonido es el del respirador artificial, que introduce la dimensión técnica de la supervivencia.

Las metáforas náuticas (“marineros”, “abismo”, “tormenta”) permiten pensar el cuerpo del paciente como un navegante inconsciente, acompañado por otros cuerpos (el equipo médico) que se convierten en fuerza colectiva de sostén: “Mil manos llevan el cuerpo en la tormenta. / No dejarán que su respiración se apague” (p. 125). Esta comunidad del cuidado

contrasta con el silencio y la inmovilidad del durmiente. La imagen del cuerpo no es heroica ni trágica, sino vulnerable, dependiente, entre lo orgánico y lo tecnológico. Esta exposición, lejos de ser un signo de debilidad, se convierte en un nodo de conexión entre cuerpos: los que duermen y los que cuidan.

Desde la propuesta de Jean-Michel Ganteau y Susana Onega (2022), el poema puede leerse como un *texto vulnerable*: su forma y contenido se abren a una poética de la herida, la fragilidad y la exposición. No hay denuncia explícita ni consigna política, sino una atención poética al cuerpo sostenido y al trabajo anónimo de quienes impiden su caída. La *forma visual del poema*, dispuesto con una estructura hexagonal, escalonada y con amplios espacios entre versos (como se observa en la Figura 1) sugiere una curva respiratoria, como una gráfica de oxigenación en una sala de cuidados intensivos. El poema parece “respirar”: comienza con versos breves, como una inhalación suave, que se ensanchan progresivamente hasta alcanzar un punto de máxima amplitud en el centro, para luego estrecharse nuevamente en una suerte de exhalación. Esta oscilación métrica sugiere el ritmo irregular y esforzado de una respiración asistida, que transita entre el silencio y la persistencia de la vida. La forma misma del poema se convierte así en un gesto de vulnerabilidad, una corporeidad textual que expone el aliento como último sostén.

Así, la poesía de *Primera línea. Crónicas y poemas escritos por personal de salud*, funciona como medio de expresión íntima pero también como herramienta de memoria colectiva. En un contexto en el que los trabajadores de la salud fueron representados muchas veces desde el heroísmo o desde cifras estadísticas, los poemas aquí analizados permiten recuperar una voz personal, sensible y concreta, que narra desde adentro la experiencia. En este sentido, la posibilidad de escribir y publicar este testimonio poético es también una forma de ejercer el derecho a la literatura: el derecho a narrarse, a poetizar el dolor, a construir memoria desde la palabra.

Conclusiones

Las ficciones reunidas en este corpus constituyen un testimonio múltiple y heterogéneo de lo que aquí se propuso conceptualizar como literatura de emergencia. Esta categoría permite visibilizar escrituras que no sólo surgieron en condiciones materiales y afectivas de precariedad, sino que asumieron su propia fragilidad como forma expresiva y política. Desde las escrituras confesionales de *Bitácora de la intimidad* hasta los microrrelatos de *Historias de cuarentena* y la poesía testimonial de *Primera línea*, los textos analizados revelan que la literatura, en contextos de crisis, se convierte en un espacio de inscripción simbólica de lo que de otro modo permanecería mudo: el miedo, el duelo, el sinsentido, la repetición agotadora.

En todos los casos, la vulnerabilidad no aparece únicamente tematizada como contenido (la soledad del encierro, el agotamiento de los cuerpos sanitarios, la intemperie material) sino que estructura la forma misma de la escritura. Los relatos breves y fragmentarios de *Historias de cuarentena* despliegan cronótopos cerrados y tiempos suspendidos que encarnan la experiencia del encierro como monotonía y desarraigado. De manera semejante, las bitácoras personales recopiladas en *Bitácora de la intimidad* asumen un registro confesional y discontinuo que hace visible el impacto subjetivo del aislamiento. Por su parte, los poemas de *Primera línea* hacen de la exposición física del personal de salud no sólo un motivo lírico, sino una arquitectura textual donde el verso se interrumpe, se fragmenta y deja entrever su precariedad constitutiva. Esta condición de *texto vulnerable* (según la formulación de Ganteau y Onega, 2022) es también una decisión ética: no encubrir la herida con retóricas de heroísmo ni con finales consoladores.

Por otro lado, estos materiales de alguna manera cuestionan el discurso hegemónico de la resiliencia neoliberal que exigió, durante la pandemia, un ejercicio constante de productividad emocional. Frente a esa narrativa, los textos reivindican la legitimidad de la fragilidad, la lentitud, la incertezza. En *Bitácora de la intimidad*, “Encierro”, por ejemplo,

enuncia la experiencia individual de un cuerpo marcado por la enfermedad y el aislamiento y se proyecta hacia un malestar colectivo que habilita vínculos de reconocimiento. Asimismo, en “Trepén a los techos”, la voz periodística quiebra su aparente objetividad para exhibir la fatiga moral y el dolor compartido. Del mismo modo, microrrelatos como “De la cama al living” y “El monstruo”, incluidos en *Historias de cuarentena*, representan el agotamiento emocional y el miedo difuso como efectos de un encierro que desborda cualquier expectativa de resiliencia. Finalmente, poemas como “[Tres de la tarde. Hace calor.]” y “Decúbito” en *Primera línea*, testimonian la precariedad física y la angustia de los trabajadores de la salud, sosteniendo que la vulnerabilidad no es un fracaso individual, sino una condición común que merece ser nombrada sin eufemismos.

Desde la perspectiva de los derechos culturales, el corpus analizado demuestra que el derecho a la literatura no es un privilegio accesorio, sino una necesidad vital, especialmente en situaciones límite. Las tres colecciones estudiadas circularon en formatos digitales de acceso abierto, habilitando que autoras y autores con diverso capital simbólico pudieran ejercer su derecho a narrar y figurar en el espacio público. Esta dimensión democratizadora se vuelve central: muchas de estas voces no provienen del campo literario canónico y, sin embargo, su irrupción reconfigura el archivo cultural de la pandemia.

Al asumir el riesgo de la exposición y la inacabada búsqueda de sentido, estas escrituras reafirman que toda comunidad que atraviesa una crisis necesita, además de asistencia material, el derecho a la palabra y a la representación simbólica. Nombrar lo vivido por medio de la ficción literaria es una forma de reclamar pertenencia y dignidad en medio de la vulnerabilidad compartida. En conjunto, *Bitácora de la intimidad*, *Historias de cuarentena* y *Primera línea* configuran un repertorio heterogéneo de voces que, desde distintas posiciones de enunciación, revelan la potencia ética y política de la literatura de emergencia. La bitácora personal, el microrrelato y la poesía se convierten así en registros complementarios de un mismo acontecimiento traumático, la pandemia por coronavirus, y demuestran que incluso los textos no canónicos pueden constituir archivos indispensables para comprender los modos en que una sociedad afronta la catástrofe. No obstante, este recorte supone límites claros: al centrarse en tres colecciones de acceso abierto y en un período inicial de la pandemia, el estudio no busca exhaustividad ni pretende abarcar la totalidad de las producciones literarias surgidas en el contexto. Su alcance debe entenderse como una aproximación situada, que abre la posibilidad de futuras investigaciones con corpus más amplios o con otros géneros y soportes.

Referencias bibliográficas

- Bajtín, M. (1989). *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus.
- Bidaseca, K. (2018). “Desbordes. Estéticas descoloniales y etnografías feministas post-heroicas”, en Bidaseca, K. y Meneses, M. (Comps.). *Epistemologías del Sur* (Primera sección). Buenos Aires: CLACSO.
- Butler, J. (2006). *Vida precaria: El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. (2016). *Marcos de guerra: Las vidas lloradas*. Buenos Aires: Paidós.
- Caferra, R. (2020). “Trepén a los techos”, en Siegrist, L.; Giacosa, V. y Makovsky, P. (Comps.). *Bitácora de la intimidad: Palabras del aislamiento* (pp. 12–14). Rosario: Revista REA.
- Castellanos, G. (2020). *Pandemia, relato y ficción en la época del coronavirus*. Buenos Aires: Godot.
- Castro Hernández, C. (2020). “Narrativas de la pandemia: Entre la resiliencia neoliberal y el derecho a la fragilidad”, en Revista Latinoamericana de Estudios Culturales, 5(2), 9–18.

- Editorial UCALP (Ed.) (2020). *Historias de cuarentena*. La Plata: Editorial UCALP. Recuperado de: <https://www.ucalp.edu.ar/wp-content/uploads/2020/10/Antologia-Historias-de-cuarentena.pdf>
- Ganteau, J. M. & Onega, S. (Eds.) (2015). *Victimhood and vulnerability in 21st century fiction*. London: Routledge.
- Ganteau, J. M. & Onega, S. (Eds.) (2022). *The poetics of vulnerability and trauma in contemporary literature*. London: Routledge.
- Lampón, G. (2020). “Intendible para ellos”, en *Historias de cuarentena* (p. 9). La Plata: Editorial UCALP.
- Massei, N. (2020). “Deriva interior”, en *Bitácora de la intimidad: Palabras del aislamiento* (pp. 19–21). Rosario: Revista REA.
- Mbembe, A. (2020). *La comunidad terrestre*. Barcelona: Malpaso.
- Mondragón, O. (2021). “La aguja y la palabra”, en *Primera línea: Crónicas y poemas escritos por personal de salud* (pp. 113–114). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Mondragón, O. (Coord.) (2021). *Primera línea: Crónicas y poemas escritos por personal de salud*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México. Recuperado de: <https://literatura.unam.mx/primera-linea-cronicas-y-poemas-escritos-por-personal-de-salud/>
- Olivarez, A. M. (2020). “El monstruo”, en *Historias de cuarentena* (p. 13). La Plata: Editorial UCALP.
- Otero Zuñiga, M. (2021). “Decúbito”, en Mondragón, O. (Coord.). *Primera línea: Crónicas y poemas escritos por personal de salud* (p. 125). Ciudad de México: UNAM.
- Petit, M. (2011). *El arte de la lectura en tiempos de crisis*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Ramos Moreno, M. C. (2021). “[Tres de la tarde. Hace calor.]”, en Mondragón, O. (Coord.). *Primera línea: Crónicas y poemas escritos por personal de salud* (p. 115). Ciudad de México: UNAM.
- Rancière, J. (1996). *El desacuerdo: Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Rivera Cano, G. (2020). “De la cama al living”, en *Historias de cuarentena* (p. 20). La Plata: Editorial UCALP.
- Siegrist, L.; Giacosa, V. y Makovsky, P. (Comps.) (2020). *Bitácora de la intimidad: Palabras del aislamiento*. Rosario: Revista REA. Recuperado de: <https://revistarea.com/bitacora-de-la-intimidad-palabras-del-aislamiento/>
- Travesani, D. (2020). “Encierro”, en Siegrist, L.; Giacosa, V. y Makovsky, P. (Comps.). *Bitácora de la intimidad: Palabras del aislamiento* (pp. 54–55). Rosario: Revista REA.
- Yrigoyen, E. (2022). *La intemperie y la palabra: Escrituras del confinamiento*. San Justo: Editorial UNGS.

Cita sugerida: Puchmüller, A. (2025). “Poéticas de la emergencia: vulnerabilidad y derecho cultural en antologías digitales latinoamericanas durante la pandemia de COVID-19” en Argonautas. *Revista de Educación y Ciencias Sociales*, Vol. 15, Nº 25, 113-126. San Luis: Departamento de Educación y Formación Docente, Universidad Nacional de San Luis. <http://www.argonautas.unsl.edu.ar/>

